



ERNESTO Y MARIA EN UNA CAMPIÑA



ERNESTO,

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES

POR D. EMILIO CASTELAR.

HERMOSAS son las noches del estío, cuando la luna huella los cielos coronada de estrellas, y el aura pronta á obedecer sus mandatos, confía celestes secretos al cáliz de las flores, cuyas aromas se pierden en la inmensidad como las oraciones del alma dolorida.

Hermoso cuadro presentan las poéticas orillas del Mediterráneo en uno de los rincones del florido reino de Valencia. El sol, al dormirse sobre las olas deja una cinta de fuego, recuerdo de sus amores, el horizonte ostenta sus galas, semejante á un hermoso árbol cargado con las perlas del rocío, las hojas del azahar caen como lluvia de plata sobre el verde cesped, y juegan cual inocentes ilusiones en alas de los vientos, y la palmera se eleva al cielo, dejando caer sus lánguidas ramas á la tierra, para contarle los secretos de las nubes, que han dormido en su dorada copa.

Este cuadro no es el cuadro inanimado del artista, hay murmullos, que embriagan el corazon, armonías que llevan el alma á los pies de su creador. Murmura el mar, suspiran los cielos, y canta la campana de una sagrada ermita. Horas deliciosas, que hicisteis llorar á Byron; vosotras hijas de la imaginacion del

Eterno, sois el lejano eco de su lira y el pálido reflejo de su gloria.

II.

Era de noche.....

Tengo que continuar en mi descripción, y voy á cansarte, amado lector, sin embargo, si has recorrido la huerta de Alicante, si has visto sus innumerables palacios, sus floridos jardines, sus bosques de naranjos, su cielo siempre azul, su mar siempre de color de cielo, no estrañarás mis descripciones.

¿No te has parado jamás á contemplar una blanca casa, modesta en medio de tanta opulencia, sencilla entre tan desvariado lujo? En una noche de luna (no olvideis que ilumina la luna mi teatro) en medio de un verde bosque, á orillas del mar, parece la paloma torcaz, que duerme en su nido de palmas.

En el reló de la aldea de San Juan suenan las doce. El campo está solitario. Qué hermosa hora para el amor, que busca las sombras, porque es misterioso, y la soledad, porque es infinito. La puerta de la modesta casa se abre, y una mujer vestida de blanco se dirige á la orilla del mar, cual una de esas gasas vaporosas, que disipa el débil rayo de la blanca luna.

Tres circunstancias propias de toda novela, la hora de la noche, la soledad y la mujer vestida de blanco. Sin embargo, mi novela no es novela, es historia. ¡Ojalá no fuese tan verdadera!

III.

María, tal es el nombre de la blanca dama, se detiene en la orilla, y se sienta silenciosa en un peñasco. La luna envidia su hermosura. Rubio el cabello parece los trémulos rayos de la estrella de la mañana, pálida la color, pero con esa palidez mística de las rosas blancas, da á sus perfectas facciones un tinte melancólico que embelesa el corazón, sus ojos tienen algo de divino, la sonrisa que en sus labios vaga, es el matiz ideal de la esperanza; el que la ve la admira, el que la contempla la ama; porque encierra compendadas todas las perfecciones, con que Dios ha dotado á la mujer para arrastrar tras sí el orgulloso corazón del hombre. María mira la vasta extensión del mar. Si observas su blanca bata, vereis que respira fatigoso su pecho, y que late violento el corazón. La esperanza es un dogal que nos ahoga, la esperanza juega muchas veces el papel de traidor en la churrigüesca tragedia de la vida humana. ¡Cuántas veces nos engaña! Es un prospecto y como todo prospecto, jamás se cumple.

IV.

Allá á lo lejos se ve una barca que vuela sobre las ondas como la golondrina, al cruzar los mares. En ella descansa un joven, de hermosísimas formas. Es un tipo árabe; moreno como buen hijo del sol, de ojos rasgados, vivos y negros, de blancos dientes, que se dibujan perfectamente sombreados por un ligero bigote rizado sobre unos labios, cuyo color envidiaran las flores del granado, espaciosa frente que refleja alma noble y elevada, y negro cabello que cae en desorden, pero con gracia, completan su varonil y hermoso rostro. Rema con languidez, y sin embargo, la barca hiende presurosa las olas. Sus ojos ya se fijan en el firmamento, ya se convierten al mar. Todo está tan hermoso, las plateadas estrellas se dibujan en el espejo de las aguas, de modo que si un cielo flota sobre la cabeza del joven, otro cielo se extiende bajo la quilla de su ligera barca. En el éxtasis con que contempla la naturaleza, en el recogimiento con que escucha sus rumores, se echa de ver que el joven es poeta, que pertenece á esa raza de ángeles destinados á consolar á la tierra, y á elevar al hombre. Por eso en todo ve ilusiones y amores. Por eso las armonías de los astros en sus círculos de luz, las palpitaciones de las olas, el vago rumor de las brisas que arrancan sonidos á la veleta del campanario, y cánticos á las hojas de los árboles, las nubes que se disipan, los insectos que brillan, el trasparente horizonte, presentan á su alma delirios del amor en que se abraza naturaleza, y su ser se abisma estático en aquel océano de revelaciones divinas.

V.

Desde que la barca ha aparecido, María está arrodillada. Invoa á la Virgen, y ruega que ni viento enemigo, ni enemiga honda combatan aquella barca. Entonces la luna palideció. Diz que fue de envidia, y despecho al verse precisada á iluminar aquel rostro tan encantador, aquellos ojos tan divinos. ¡Pobre mujer! Siempre te pintan agujoneada por el or-

gullo, cuando eres toda modestia, siempre embebida en tí misma, cuando si de tí te acuerdas, es para embellecer la vida del hombre, y si te adorna es sin duda para divertir su gusto; todos los noveleros han dado en sacar negros colores de su paleta, y en trazarte hermosa, pero vana; amante, pero egoísta; sensible, pero veleidosa; compasiva, pero coqueta; en fin, mujer, Dios mismo que te ha creado, no te conociera si semejantes cuadros contemplase. Yo que veo en la mujer la sensibilidad ahogada por el despego del hombre, el amor amargado la poesía disipada por el poder de sus tiranos; yo digo que la mujer es la única flor que esmalta el desierto de la vida. Pero pido también condiciones, si esa flor no es de hermosos colores, y de suave aroma, estoy porque se le de su verdadero nombre, es decir, *abrojo*. Me explicaré, estoy por que la mujer sea hermosa y buena, su hermosura es su cáliz, y su bondad es su aroma, solo así puede ser flor. María era buena y hermosa, ya lo veremos.

VI.

La barca arriba á do María estaba, y el joven salta presuroso á tierra.

—¡Ernesto!

—¡María!

A esto siguió ese silencio amoroso que nada dice y que es un poema, cuyos cánticos son infinitos.

VII.

—¡Cuánto has tardado!

—Oí las doce, desamarré mi barca, y me lancé al mar, á buscarte María, á sentir tu aliento refrescando mis agitadas sienes, á adorarte con todo mi corazón.

—¿Qué fuera de mí sin tí? Cuando oigo tu canto, Ernesto, por las tardes, cuando te veo cruzar las olas mi alma te sigue como el viento que agita tus velas.

—Si, y yo te veo también. Si el mar está en calma y rizado por el soplo de las brisas, me parece ver tu corazón amoroso, tranquilo, henchido de amor; si suspira el viento, al rozar los costados de mi barca, te oigo suspirar con amoroso suspiro; si la blanca gaviota extiende sus alas, rozando con su cuerpo las espumas, veo en ella tu pensamiento que me busca, tu recuerdo que me bendice, y cuando al caer la tarde en el desierto cielo, aparece la primer estrella, la saludo cual si fuera un rayo de tu mirada.

—¡Qué hermoso está el cielo, y cuantas veces ha contemplado nuestra dicha! Este campo y ese mar están unidos á nuestro corazón.

—¡Ay!

—¿Suspiras?

—No, no tengo nada. Pensaba en la posibilidad de nuestra separación.

—¿Separarnos? La muerte tan solo puede separarnos.

—¡Ah! No temo á la muerte, porque nos heriría á ambos de un solo golpe, temo á los vaivenes de la vida.

—En la vida, ¿quién tendrá poder para arrojarnos al uno lejos del otro? Preguntó María.

—La suerte, contestó Ernesto.

—No temo á la suerte, mientras puedas con valor hacerle frente.

—¿Hacerle frente! ¿No sabes que es mas poderosa que el huracán, y mas despiadada que la tormenta?

—¡Pero la voluntad que nos une!

—¿Y qué hago yo aquí, pobre joven? ¿Qué porve-

nir me espera en esa estrecha isla de Tabarca? Yo quiero mundo.

—¿Qué mas mundo que nuestras riberas sombreadas de palmas!

—Quiero anchura.

—¿Aun te parece estrecho ese mar?

—Anhelo un premio.

—¿No te basta mi corazón?

—Pero desearia que al pasar por las calles deslumbradas á todos con tu riqueza, y mi deseo no puede cumplirse sino á costa de nuestra separación.

—Me basta para mi adorno las rosas que tu me traes.

—¡Ay! y volvió Ernesto á suspirar.

—No me amas, Ernesto, cual te amo yo. Este campo es para mí el paraíso, porque te veo alguna vez vagar en su llanura. Cuando pienso en el cielo lo comparo á ese mar, porque alguna vez desde mi ventana veo aparecer á lo lejos las velas de tu barco.

—Escúchame. Yo siento aquí en mi frente un fuego que me devora, fuego que se convertiría en suavísima luz, si lo alimentase otra atmósfera.

—¿Con qué mi amor nada vale?

—Si, si, tu amor es la sangre de mi corazón. Pero mi ambición solo puede llenarse en Madrid, allí donde el poeta es oído con entusiasmo, donde todos á porfía tejen coronas para sus sienes, donde la riqueza es el premio de sus versos, allí que habita la inteligencia debe la juventud encontrar el teatro de sus triunfos. Mis canciones aquí son las hojas de la palmera del desierto, que el viento se las lleva.

—Los escucho yo con tanto amor! Ni el canto del ruiseñor en la espesura es tan grato para mi oído como el eco de tus cánticos.

—Le he escrito á mi tío; pidiéndole asilo en su casa.

—¿Vuelves á tu idea de abandonarme?

—No, sino para volver pronto cargado de triunfos, á depositar á tus piés mi corazón y mi vida.

—¡Madrid! No sé por qué me horroriza ese nombre. ¡Madrid, Dios mio, cementerio de tantos corazones! Pero no quiero atarte con grillos, ni á tu suerte oponerme.

—María; ángel de paz en mi desolada vida. Tú serás mi estrella en el mundo; como son tus ojos mi inspiración y mi vida.

—¿Me olvidarás?

—¡Olvidarte! Jamás. Mi tío está en Alicante; pronto puedo saber su contestación. Si dentro de un año no me ha sonreído prospera fortuna; volveré, tenderé mis redes; y los peces que en ellas se prendan nos servirán de alimento; de palacio una choza á orillas del mar; y de lecho las hojas que á los árboles arranque el viento del otoño. Pero si logro fortuna; María, el mundo entero ha de enviarte.

—Me parece mas halagüeña la desgracia.

—De cualquier modo la felicidad será mi corona, y tú María, tú mi eterna compañera.

—¡Ernesto!

—Te lo juro por mi corazón; por el Dios que se oculta tras ese azul firmamento.

Y Ernesto voló á su barca; y voló en los mares cual el viento.

María lloraba.

VIII.

A imitación de la Biblia haremos la genealogía de nuestros héroes. María era hija de un comerciante alicantino. Su padre era viudo y sin embargo era muy desgraciado. Eso prueba que el arancel de la felicidad es muy difuso y complicadísimo. Decíase en la plaza que sus negocios iban de mal en peor. Honradez á toda

prueba no es parte para medrar en el comercio. Tal creemos, despues que hemos visto la corona del pueblo entregada á los especuladores. Ved, sino como arrancan uno á uno sus diamantes y los empuñan con su aliento; para que los míseros desposeídos no los estimen de subido precio. ¡Cuando sonará el día de la reparación! No soñemos; aunque la esperanza á despecho de la descreída conciencia, se levanta gozosa en nuestra alma.

IX.

Ernesto hijo de un gobernador de la isla de Tabarca. Su madre era muy hermosa, pero se levantó un día de buen humor, y tomó las de Villadiego, con un francés, que pasaba á la Argelia. El padre de Ernesto, como si le hubiese caído el premio grande, convidó á todos sus amigos de Alicante á comer, y á vagar por la Isla. A la noche siguiente Ernesto fue llevado por su padre, en celebridad de tanta dicha, al teatro, y vió el Trovador. Ernesto á los diez y nueve años se acordaba de la escena del desafío; pero no se acordaba de su madre huida el día antes. En los tiempos en que para la acción de esta novela, Ernesto tiene veinte años. Su madre era muy joven cuando huyó. No se ha podido averiguar quién tuvo la culpa de tamaño entuerto; si el marido ó la mujer. Yo lo consulté con un juez, que habia oído la demanda de divorcio entablada un año antes de la fuga.

Y me contestó: oí á los abogados de ambas partes. Despues del discurso del abogado de ella, saqué en limpio que la mujer era una santa mártir, y el marido un Lucifer; y despues de oído el discurso del abogado de él saqué en claro que el marido era un san Esteban y la mujer un Asmodeo. Apelé á otras informaciones en tal discordia, y como ambas partes influyeron en el asunto con su bolsillo particular nada se pudo poner en claro.

—¡Oh santa, tres veces santa Jurisprudencia! Tú eres la ciencia de la ciencia. Tus prosélitos en España son mas numerosos que las arenas del mar. No en vano digeron los antiguos que eras la ciencia universal. Exclamé yo entonces. Decíase que una mujer misteriosa vestida de negro seguía siempre desde lejos á Ernesto, sin que Ernesto de ello se apercebiese.

X.

Hemos oído que Ernesto en su conversacion con María ha contado con sutío, del cual dependia su ansiada partida para Madrid. Este era uno de esos entes singulares que Dios echa al mundo tal vez en un momento de mal humor. Su físico andaba en armonía con su moral; veamos su físico. Era pequeño; y tan pequeño que degeneraba en enano. Su saliente espalda llevaba la carga de una pesada joba, donde se hundía como maldecida su diminuta cabeza. Dios le habia quitado un ojo, el otro era vizo; arrastraba una pierna y su melliza podía competir con los arcos de herradura; rematando ambas con unos piés hinchados y descomunales. Se me olvidaba decir que no tenia cejas y su frente era una cinta rugosa apergaminada. Por escudo de armas ostentaba una descomunal nariz, con la cual podía muy bien medirse de arriba á abajo su brevísimo cuerpo. Cuando hablaba escupía como la vívora una saliva asquerosa. Cuando miraba heria como la serpiente. Pero usaba á las mil maravillas sus monstruosos órganos. Corria cojeando, sin cansarse aunque tuviese que atravesar largas distancias; con su único ojo orlado siempre de legañas, atisbalo que quizá no atisbaria el mas práctico; vencia á la natu-

raleza, para él tan despiadada, con maravilloso arte. Veamos su parte moral: era lo mas infame, lo mas degradante que se puede ser en el mundo. ¿Ladron? No. ¿Asesino? No. ¿Usurero? Si. Se llamaba don Braulio... Evitaremos mientras podamos citar apellidos por prudencia.

XI.

Hemos oido la conversacion de María y Ernesto. No la olvidemos. Al dia siguiente don Braulio entraba en el gabinete del padre de María.

—Buenos días, don Pedro, dijo.
—Felices, contestó con sequedad, don Pedro.
—¿Se el estado de vuestros negocios.
—Si, si, ya estoy informado.
—Vengo á salvaros. Me ha hablado en vuestro favor un comerciante, y yo tengo unas entrañas que no puedo presenciar indiferente la desgracia.
—Tambien de vos he oido hablar.
—Ya sabreis que soy el Hipócrates del comercio, y que mi caja es el panacea universal.
—Lo sé, contestó amargamente el padre de María.
—Habladme, que os escucho. Solo por serviros podia yo haber venido desde Alicante á la huerta en dia de tanto calor.
—Necesito pagar mañana una letra ya vencida, dijo Don Pedro.

—¿De cuanto?
—Para que veais cuan apurada es mi situacion, de sesenta mil reales, y no puedo reunirlos.
—¿Eso es una vagatela! Firmadme un recibo de ciento veinte mil reales; hipotecadme cualquier finca que los valga y todo está concluido.

Don Pedro miró espantado á su horroroso interlocutor.
—¿Os espanta mi proposicion?
—No: que me repugna.
—Hé ahí las cosas del muudo. Os estais ahogando; mañana quedareis afrentado, sin honor, sin crédito, y os atreveis á insultar al que viene á salvaros.
—No; me repugna el hombre que explota el infortunio de otro hombre; el hombre que roba con la eucha de la ley en la mano; el hombre que vive y medra con la desgracia de sus hermanos.

Y en verdad que es bien espantosa la usura: cáncer que devora las entrañas de la sociedad. Esos traficantes de la desgracia humana; esos seres despiadados que cual manada de buitres, olfatean los cadáveres; beben las últimas gotas de sangre, que le queda al pobre; son el azote de toda ciudad; de todo pueblo. No hay familia que no pase bajo sus horcas caudinas; no hay desgracia que no se remedie con ese dinero espantoso, que agota hasta la esperanza en lo porvenir, que devora hasta las fuerzas del pobre. ¡Cuantas veces el triste jornal ganado á costa de sudores, y fatigas; el jornal que debiera saciar el hambre de una familia desamparada; va á parar á las arcas de un avaro; que se recrea en contemplar el amarillento oro; sin escuchar los lastimeros quejidos de los infelices; que mueren de frio y de miseria. Y aquel jornal no es suyo, no; aquel jornal es el producto de un monstruoso interés arrancado á un naufrago en el momento de ahogarse en su desgracia.

El bueno de don Braulio, que tenia todas las tretas de un práctico usurero, se dirigió á la puerta murmurando.

—Puesto que desprecias mis servicios...
—Deteneos, que no es mi situacion para dilaciones.
—¿No rebajais nada de ese monstruoso interés?
—Nada; porque es bien módico. Solo os exijo el doble.

Los dientes de don Pedro reclinaban con reconcentrado furor.

—Tomad: dijo con despecho dándole un recibo.
—¿Qué finca tenéis libre de hipoteca?
—Esta en que estais.
—Veámosla, y ahora mismo vendrá el escribano.

XII.

Examinó escrupulosamente la finca, pero donde se detuvo admirado aquel informe hombre, fue en uno de los cenadores del jardin, no para mirar sus enredaderas cargadas de flores azules, sino para contemplar á la hermosa María que limpiaba una jaula, do apriornado se hallaba un pintado colorin.

Era aquel hombre entusiasta por el bello sexo. Desprovisto de belleza ardia por la hermosura; pero ardia en ese fuego de los sentidos que la marchita y la devora. Su amor era la lava del volcan, que cae sobre las blancas azucenas y mancha su cáliz, y las reduce á cenizas.

Desgraciada, infeliz la mujer que se viese precisada á caer á los piés de aquel ente asqueroso y repugnante. Seria juguete de sus vicios, y se veria precisada á recibir sus inmundas caricias. Al volver al gabinete de don Pedro, exclamó: Hermosa es vuestra finca; pero es mas hermosa vuestra hija. Aquel elogio produjo una invencible repugnancia en el corazon de aquel buen padre.

XIII.

El escribano de Muchamiel, pueblo de la huerta de Alicante esperaba en el gabinete, y dió fe de que don Braulio prestaba á don Pedro ocho mil duros.

XIV.

Al salir volvió á ver el usurero á María. Su ojo centelleaba al mirarla, y se enardecia su sangre. Salíó trastornado, y casi perdido el por la hermosa hija de su deudor.

—¡Bella es la muchacha! dijo al escribano.
—Con V. emparentará.
—¿Cómo?
—Diz que se casa con su sobrino de V. Ernesto.
—Me alegro; dijo reprimiéndose el usurero.
—Adios, señor escribano, me voy á Alicante.
—Agur, señor don Braulio, me voy tambien á Muchamiel.

XV.

Don Braulio pronunció para sí este monólogo. Esa muchacha me conviene. Pardiez que es hermosa. ¿Qué importa que quiera á mi sobrino? Es verdad que él tiene veinte años y yo cuarenta, que Ernesto es hermoso y gallardo, y que yo soy feo y corcovado; pero tengo dinero. Gracias á Dios me hallo soltero. ¡Qué labios! ¡qué cuerpo! ¡qué garganta!... Ocasión se me presenta de deshacerme de mi rival. Mañana le digo que mi casa de Madrid está á su disposicion. Y él está ardiendo en deseos de ir á Madrid. Como es tan loco cree que allí se encuentra la felicidad y la riqueza. Y no sabe que mientras yo aquí le arranco la única dicha que podia ansiar, él allá recoge la amarga cosecha del desengaño. Despues se tirará al mar si está aquí; ó al canal si permanece allá, y requiescat in pace. ¿Pero con qué cuento yo? Cuento dinero. Su padre está arruinado. Y una alegría salvaje como siniestro relámpago iluminó las facciones de aquel hombre.

XVI.

El sol descendia magestuoso á reclinarse en las ondas. Ernesto contemplaba silencioso el horizonte. En su imaginacion volaban esos cantos que no tienen ni palabras ni sonidos; que no pueden revestirse con el ropaje de las formas, y que son sin embargo los ensuenos mas dulces del poeta. Mecido por las ondas, criado en aquel peñasco, delante siempre del mar, su alma se abria gozosa para recibir todas las armonias de la naturaleza: música encantadora, á cuyo compás entonaba Ernesto sus suaves y mágicos cantares.



Ernesto.

al corazon, la fe de los amantes, sus armoniosas palabras, y sus celestiales esperanzas. Pero cuando retumbaba el trueno, llenando con gigantesca y ronca voz los espacios infinitos; cuando el huracan desatándose de las nubes azotaba los mares que se dolian quejosos, rugiendo cual calenturiento leon; cuando el sol apagaba su luz en la sombría bruma de las negras nubes, y el relámpago, semejante al triste destello de funeral antorcha tendia su pálida luz por los abismos, Ernesto adoraba á Dios; y enmudeciendo se postraba en la orilla para escuchar el eco de su poesia, de esa poesia divina que envuelve en el abatimiento al cuerpo, y engrandece y vivifica el alma.

¡Cuántos pensamientos le revelaba el mar! Tranquilo, azulado juguetea con las brisas, cinéndose diademas de espumas; tomando celestiales esmaltes para enamorar al céfiro que cargado de aromas le envian como regalos los valles y las florestas. La cigüeña revolotea sobre sus ondas como si hubiera nacido en un nido de perlas; el colorin canta en la orilla mostrando el coral de sus plumas, y la golondrina atraviesa la inmensidad como una cinta de alga arrastrada por el viento. Entonces Ernesto cantaba el amor, las ilusiones que sorprenden el alma, los hechizos de un entrecortado suspiro, el celeste rayo de una mirada que desiumbra

XVII.

Después de algunos días recibió Ernesto una carta en estos términos concebida: Querido Ernesto: Con júbilo singular leí tu carta, en la cual me insinúas tu deseo de partir á Madrid. Apruebo tu resolución como dictada por esa tu noble inteligencia, que necesita espacio para volar con desahogo. En Madrid encontrarás tu casa en la mía y el cariño de tu tío te proporcionará todos los medios necesarios para que emprendas el viaje con aquella comodidad que corresponde á tu clase.

Manda cuanto gustes á tu tío. BRAULIO.

P. D. Toda resolución debe ponerse pronto en práctica. Mañana pasa en un vapor á Valencia. De allí á Madrid todos los días hay diligencias.

Ernesto quedó como deslumbrado. Extrañaba infinito tanta generosidad en hombre tan mezquino. La tardanza de su tío en contestar fue siempre para él presagio de una redonda negativa. Además; su padre le había insinuado siempre al bueno de don Braulio, la necesidad de que Ernesto pasase á Madrid, y su absoluta falta de recursos; y el buen tío jamás se había ablandado, contestando siempre: Puede ser piloto. ¡Oh, sublime milagro! ¡Oh, portentoso amor; qué buenos, qué santos son bajo tu influencia los hombres! No olvidemos que en el mundo andan unidos lo sublime y lo ridículo, para demostrarnos que si el infinito poder de Dios hizo del mundo un templo, la infinita miseria del hombre ha convertido ese templo en una inmunda taberna. Solo en la cúspide del templo, donde no han podido llegar nuestras manos brillan los rayos de oro del sol; solo en su bóveda no manchada por nuestro aliento vagan con suave y puro esplendor las místicas estrellas.

XVIII.

Ernesto volvió á leer la carta; y entonces involuntariamente vino triste dolor á su corazón, negro remordimiento á su conciencia, porque se acordó de María. Siempre la felicidad está mezclada con hiel. Cuando llevamos á los labios la copa de la alegría no sabemos distinguir el dulce nectar del placer, del amargo brejaje del dolor.

Haremos poca justicia al corazón de Ernesto, sino dijésemos que entraba por mucho en su ánimo el deseo de elevar á su amante un día á levantado rango. Quería derramar á sus pies un tesoro, y ver como palidecían de envidia sus rivales. Hay almas que no se contentan solamente con la felicidad, sino que anhelan darla en espectáculo, para que la admiren las gentes. Ernesto tenía veinte años, edad en que lo pasado brilla con cambiantes de halagueña luz, y con deslumbradores destellos centellea lo porvenir. Edad que da fe é ilusiones al corazón. No creais nunca, amadas lectoras, á esos jóvenes pedantes que se presentan lacrimosos con el corazón marchito, ostentando en la frente, en vez de la aureola de la felicidad, la corona de espinas del desengaño; no los creais, se necesita padecer las mas amargas decepciones, sufrir los embates mas terribles de la suerte, haber visto caer uno por uno en la tumba ó en el olvido á todos los seres que amamos, para caer en la desesperación, cuando la sangre hierve, cuando la fantasía despliega sus alas matizadas de mil risueños colores, cuando cada mujer es un hada, y comienza el alma á sentir el amor, y á perderse en los celajes del porvenir dorado por la ambición. ¡Cuántas digresiones! Ernesto lloró su amargo sacrificio, y desatando su barca entregóse en brazos del mar para que le llevase á do se hallaba su amada.

XIX.

Era don Pedro de Urgel un comerciante arruinado. Su hija María tan solo le quedaba de consuelo en el mundo. Su ruina había nacido de no mirar al norte del egoísmo para emprender sus negocios.

La conciencia es el mayor enemigo de todo ducho comerciante.

Solo medra el que arruina á los demás; el que no tiene los insuperables obstáculos de la honra y de la delicadeza. Si jugaba á la bolsa, no jugaba con avisos ciertos; si emprendía un negocio no llevaba la mira de ganar doscientos con uno de capital; si vendía no engañaba al comprador; y si prestaba no exigía el doble por su dinero; en fin, no era comerciante. Era un tonto. Así se denomina hoy por antonomasia á todas las gentes honradas. Cuando sus arcas estaban repletas le llamaban todos el Fouquet de Alicante; cuando quedaron vacías los mismos que las habían yaciado exclamaron: *Es un pobre diablo, se ha metido en lo que no entendía.* El mundo es el purgatorio; pero el mundo comercial es el infierno.

XX.

Advertencia.

Don Pedro temía mucho una quiebra que pudiese lastimar su honra. Era capaz hasta de sacrificar á su adorada hija en aras de su propio honor. Le espantaba, le martirizaba la idea tan solo de verse precisado á quebrar. ¡Y luego se llamaba comerciante!

XXI.

En la plaza de la Constitución de Alicante tenían algunos corredores y comerciantes el siguiente coloquio en su dialecto valenciano, que (entre paréntesis) es muy idóneo para la murmuración.

—Alerta; que don Braulio compra todos los créditos existentes contra don Pedro de Urgel.

—¡Contra don Pedro! Pues quedará lucido.

—Ese hombre se ha vuelto loco.

—Le ha trastornado el seso la horrible bailarina que galantea.

—¡Galantea á una bailarina?

—Es mas feo que Esopo, y mas enamorado que Cupido.

—Pero decidme, ¿no tenia otra querida en Madrid...?

—Tiene cien mil. ¡Como que le cuestan su dinero!

—Y como á él le cuesta tan poco el dinero.

—Vamos al asunto: que yo tengo créditos contra don Pedro, que ya los daba hasta por un ochavo; exclamó un panzudo comerciante.

No puedo creer que compre los créditos de ese hombre; que se ha retirado voluntariamente á la huerta por no poder sufrir á sus acreedores y por ocultar su torpeza.

—Si que es torpe!

—Y tonto.

—Y pródigo.

—Y capaz de trabajar hasta morir por satisfacer sus deudas.

—Pues no cabe duda, don Braulio compra los créditos.

—Pues entonces á venderlos.

—Como que no tiene de qué pagar don Pedro.

Ya se sabe; los hombres como las mujeres pasan murmurando el tiempo.

XXII.

Quando vió don Braulio que había reunido todos los créditos, exclamó:

—¡Soy feliz! Con estos papeles que nada valen voy á comprar mi felicidad. Después dirán los noveleros y los dramáticos que el amor es santa emanación del cielo; yo les probaré que amar, como todo, se reduce hoy día á papel. Con papel se ganan los corazones, caen los ministros, se aplaca la revolución; con papel se allanan las montañas. El papel moneda ha sustituido á la fe; y ha derrotado á la esperanza.

Apuesto, querido lector, á que no sabías que don Braulio era tan buen filósofo.

XXIII.

Apartemos nuestros ojos de tanta degradación; de tanta miseria. Hay momentos en que el alma se desespera y duda, cuando ve el mundo entregado al interés, el vicio y la ignorancia dominando como absolutos señores, la virtud escarnecida, premiados los mas viles sentimientos, y las muchedumbres sumidas en la barbarie, lamiendo gozosas las cadenas que arrojan á sus hombros los impotentes poderosos de la tierra.

Convirtamos nuestros ojos á la barca de Ernesto: que en el mundo debemos buscar el soplo de la poesía y del amor como busca cansado viajero en el desierto la brisa que le anima, la fuente que le refrigera.

La noche envolvía en su manto las solitarias playas. Ernesto atracó su pequeña barquichuela, y al compás de las olas entonó una canción amorosa. Aun se oía á lo lejos el eco repetido por las azuladas montañas, cuando María salió de su casa dirigiéndose hácia la barca.

—Ángel mio: temí no verte!

—Ya escuchaba ansiosa creyendo oír tu cantar: Me he engañado mil veces.

—¡Cuánto te amo, María! Estos momentos de poesía, de encanto, en que nuestras almas se comunican como si el soplo de la pasión hubiese desvanecido nuestros cuerpos; estas horas santísimas son los momentos de gloria que nos es dado adivinar en la tierra.

—Momentos que serán eternos, Ernesto; porque son momentos divinos.

—Si: yo siempre, María, te estoy mirando, siempre te estoy oyendo. Mis ojos han recogido con tanto afán los rayos de tus miradas, han escuchado mis oídos con tanto amor el eco de tus palabras que eres sin duda la luz que me guía en la tierra, la mágica armonía que endulza las melancólicas horas de mi existencia.

—Nos amaremos siempre?

—Siempre. ¿No está tu imagen grabada aquí en el corazón? ¿No tengo siempre tu nombre en los labios? ¿No guarda eternamente tu recuerdo la memoria? ¿Y tú me amas también?

—Si te amo; no sé decirte. Mira, todo cuanto nos rodea está lleno de tí. Parece que infinito como Dios te multiplicas para seguirme. Te apareces en la iglesia, centelleas en la lámpara que arde en el altar, te reflejas en la moribunda mirada del Salvador que guarda la cabecera de mi lecho, y en el campo, en el cáliz de las flores, en las errantes sombras de la noche te veo vagar cual si nunca de mi lado te apartaras.

—Y es María, que hemos perdido el polvo terrestre que la vida deposita en nuestro inmortal espíritu. El amor nos presta alas para volar á Dios. Reclinado en tus recuerdos, guiado por tu mirar, atravieso muchas veces en mis delirios los cielos.

La tierra huye bajo mis plantas, los astros como arena de oro se remueven al soplo de mi aliento; el sol pálido oscila como lámpara moribunda; y en el vacío, allí donde la vida se apaga, dejo mi vestidura mortal, purifico mi alma para penetrar en el santuario de la divinidad; y al soplo de lo infinito que me arrebató en sus alas, guiado por solitaria estrella que es tu imagen, me pierdo en el foco donde deben su luz los mundos; donde aprenden sus armonías los ángeles y veo que Dios es luz inefable é inefable amor. Y si el amor viene de Dios; si en su esencia es Dios mismo; ¿crees que morirá jamás? No: aquí en la tierra amor es poesía, es ciencia, es virtud, es arte, es el laurel de la gloria; en la muerte amor es bienaventuranza; amor es el mismo Dios.

—Ernesto, Ernesto; cuando no tenga esperanza de oírte, me moriré de pena.

—Tendrás mis cartas que te acompañarán en la soledad; mis palabras de esperanza que regocijarán tu corazón. Yo trabajaré con ansia, con fervor para labrar tu dicha.

—Y no hay medio de que te quedes?

—Ninguno. Mi padre me lo ordena; mi tío me ofrece su vivienda; mi corazón ansia triunfos para depositarlos á tus pies.

—Tu tío! ¡Qué hombre tan repugnante!

—No dependeré de él ni un día siquiera. Quiero independencia. Su casa la necesito solo para pasajera vivienda; porque mi alma no se doblega á recibir humillantes favores. La amarga situación de mi padre me ha obligado á pedir esa merced; que me ruboriza.

—Por fin abandonas estas playas, tan amadas de nuestro corazón.

—Por tu felicidad, María. ¿Con qué derecho puedo pedir tu mano?

—Me matará este sitio donde tantas veces he sido feliz.

—Recuerda como yo la pasada felicidad, y espera en lo porvenir.

—¿Qué voy á ser sin tí?

—Y yo? Allí sin padres, sin amigos, sin hermanos, sin tus palabras y sin tus miradas.

—No te olvides de la oración á la Virgen, Ernesto.

—Y tú no te olvides de orar por mí.

—¿Rezarás todos los días?

—Si, rezaré á la Virgen del Naufragio; para que extienda sobre mi cabeza su manto, para que me libre de los escollos del mundo como me ha libertado de los escollos del mar.

—¡Ay Ernesto! Si alguna vez en medio del murmullo de las gentes, que ahoga la voz de Dios no oyras la campana de la oración...

—No temas; porque tú me has enseñado á orar. Abandonado de mi madre al borde de la cuna, no había oído jamás mas rezo que el murmullo de las olas y el gorgeo del ruiseñor. Mi primera oración fue el Ave María, que tú me enseñaste en una noche de luna. Desde entonces tu nombre me recuerda siempre á la Virgen y cuando el crepúsculo extiende su dudosa luz, me postro en mi barca para saludar con amorosa oración á la Estrella de los mares.

—Virgen santa, exclamó María, con los ojos arrasados de lágrimas.

Protégelo.

—Ernesto, al ver á María, alzando sus brazos al cielo, al oír aquella su sencilla y amorosísima plegaria se postro en la arena cruzando sus manos. ¡Cuadro encantador! El mar, el cielo, la luna, las brisas, las oraciones de ambos amantes confundíendose como el aroma de las flores en el seno de la Divinidad, atraídos por el mismo sentimiento de amor y religión.

Concluida la oración y después de breve pausa dijo Ernesto.